

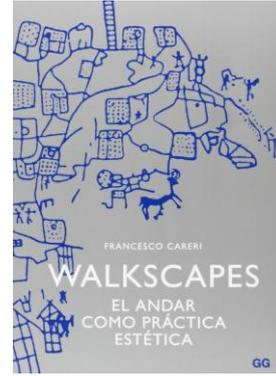
Homo viator: acerca de *Walkscapes* de Francesco Careri y otros libros

Francesco Careri
Barcelona: Gustavo Gili, 2013

ISBN: 9788425225987
200 páginas

Juan Calatrava Escobar

Escuela Técnica Superior de Arquitectura de la Universidad de Granada
jcalatra@ugr.es



Cuando en 2002 Francesco Careri publica “*Walkscapes. El andar como práctica estética*” (Barcelona, Gustavo Gili, 2002), su escrito se convierte inmediatamente en un hito para el estudio de un modo tan antiguo como la propia historia humana de entender la relación entre el hombre y su entorno, natural o construido. Privilegiar, frente a lo estable y lo inmóvil, frente a la exigencia vitruviana de la *firmitas* como primera condición de toda arquitectura, la errancia, la no-permanencia, el conocimiento que se adquiere en movimiento, la construcción del saber por medio del incesante caminar, del *itinerario*, el *viaje*, la peregrinación, la procesión, el paseo o el ‘flaneo’, el desfile, la manifestación, o, más modernamente, la *deriva* y sus afines, constituye el objeto de este libro pionero. Uno de sus aspectos más estimulantes quizás sea su opción de abordar el ‘errar humano’ desde los dos extremos de la historia: en sus momentos iniciales, fundacionales, ligados al horizonte mítico, y después, en un salto de al menos tres milenios, en nuestro reciente siglo XX, en el que, en la senda abierta por las rupturas de la vanguardia (dadaístas y surrealistas, sobre todo), surgirán enseguida, después de 1945, nuevos modos de entender la relación del hombre con la ciudad y con el territorio, tales como los planteamientos situacionistas, las propuestas del Land Art-Land Walk o las más recientes elaboraciones en torno a la idea de ‘transurbancia’. Es al hilo de las reflexiones de Careri como me gustaría mencionar, a continuación, en una especie de reseña múltiple y, desde luego muy personal e incompleta, algunos libros relacionados con el tema que a lo largo de mis investigaciones me han resultado de particular interés.

Así, en el primer capítulo de su libro Careri sintetiza la gran revisión crítica que en los últimos tiempos se ha llevado a cabo en torno a los orígenes de las primeras civilizaciones y al papel respectivo en ellas del nomadismo y de la sedentarización en los primeros poblados/ciudades. En efecto, el tópico de la contraposición pura y dura entre nomadismo y

urbanización viene siendo cuestionado desde hace décadas: desde, por ejemplo, la hipótesis de "Nueva Obsidiana" planteada en 1969 en su *"Economy of the Cities"* por una Jane Jacobs que pocos años antes había revolucionado el pensamiento urbanístico con su *"The Death and Life of Great American Cities"* (1961, reciente edición castellana *"Muerte y vida de las grandes ciudades"*, Madrid, Capitán Swing, 2011), hasta una obra que ha pasado lamentablemente desapercibida, la breve pero indispensable y llena de ideas *"Une histoire de la ville. Pour repenser la société"* (París, La Découverte, 1997) de Paul Blanquart. En esta misma línea, Careri revisa el mito bíblico de Caín y Abel, la cultura megalítica (en especial, la significación del menhir) o el sentido del recorrido en la arquitectura egipcia (algo sobre lo que ya había insistido, por ejemplo, nada menos que Oswald Spengler cuando, en *La decadencia de Occidente*, hablaba de Egipto como *camino* y planteaba que *"...la existencia egipcia es la de un caminante que marcha en una dirección, siempre la misma"*), para concluir en la exigencia de un repensamiento radical de la relación entre arquitectura y nomadismo.

En este sentido, no es preciso recordar hasta qué punto algunos de los grandes hitos basamentales de las culturas históricas primigenias abundaron en la idea de *errancia* o de *peregrinaje* y le asignaron valores espirituales muy superiores al simple traslado físico de un punto a otro. En Mesopotamia, el gran héroe civilizador Gilgamesh funda la historia con la nueva ciudad de Uruk, pero también adentrándose en peligrosos periplos por el territorio salvaje extramuros (*"Poema de Gilgamesh"*, Madrid, Akal, 2006). Por no hablar del paradigma de la errancia omnipresente en los distintos libros de la Biblia, desde el periplo de los israelitas en el desierto y su tensa relación con las ciudades hasta ese culmen de la deambulación sagrada que es la penosa travesía de Cristo por Jerusalén con la cruz a cuestas y la consiguiente plasmación del *via crucis* (a este respecto, entre la gran masa de estudios que siempre se vuelcan sobre cualquier tema bíblico, uno de los más interesantes sigue siendo el de ese inclasificable anarquista cristiano que fue Jacques Ellul, *"Sans feu ni lieu: Signification biblique de la Grande Ville"*, París, Gallimard, 1975). O por no hablar, igualmente, de esos grandes vaga-mundos antiguos que son, en el ámbito mítico, Odiseo / Ulises, y en el histórico Herodoto: véase, además de por supuesto la propia *Odisea* de Homero, el estudio de Jean Cuisenier *"Le périple d'Ulysse"* (París, Fayard, 2003), el estimulante estudio de François Hartog sobre Herodoto (*"El espejo de Herodoto. Ensayo sobre la representación del otro"*, México, Fondo de Cultura Económica, 2003), así como la interesante visión de conjunto de F. Javier Gómez Espelósín *"El descubrimiento del mundo. Geografía y viajeros en la antigua Grecia"* (Madrid, Akal, 2000).

El mundo medieval cristiano podría parecer, en principio, un periodo poco dado a los vagabundeos: el ideal del feudalismo es, ciertamente, la estabilidad, el anclaje a la tierra y a las jerarquías de la servidumbre, y el respeto sacrosanto a un *statu quo* inamovible en cuanto que se supone instaurado por Dios. No faltan, sin embargo, categorías y grupos que, pese a todo, se ponen en marcha e introducen en ese mundo de vocación cerrada la tensión de lo móvil. En primer lugar, el *caballero*, ese gran personaje colectivo, paradójicamente inseparable tanto de su caballo como de su calificativo de 'andante', y bajo cuya brillante mitificación literaria (desde la materia artúrica a los 'libros de caballería') se oculta la realidad de una gran masa de desclasados de origen nobiliario que introducen en

el mundo feudal un gran factor de inestabilidad. Y, en segundo lugar, el cristiano que se mueve por imperativos religiosos: el *peregrino* (las rutas a Santiago de Compostela) o el *cruzado*, o esa mezcla de ambos que son las órdenes militares (la Orden Teutónica y su *Drang nach Osten*, los Templarios, los caballeros de Santiago, etc.). Como es fácil comprender, son numerosos los libros importantes sobre estas cuestiones, pero si, en el contexto de lo que perseguimos en esta breve reseña, tuviera que citar sólo uno, me quedaría con la genial contribución del medievalista Paul Zumthor (nada que ver con el arquitecto Peter Zumthor), que creo de lectura obligada incluso para los no especialistas: *“La medida del mundo. Representación del espacio en la Edad Media”* (Madrid, Cátedra, 1994; ed. original francesa 1993). Cuestión diferente es otro tipo de itinerario, el del Islam medieval, que, al viaje por antonomasia que es la peregrinación a La Meca (obligado ejercicio pedestre que se convierte en itinerario progresivo de pureza), pronto añadirá la brillante lista de viajeros ligados al mundo caravanero y comercial (Ibn Battuta, Ibn Jaldun, etc.).

Pero es en los momentos finales del Medioevo donde se sitúan otros dos hitos fundacionales del andar. Por un lado, el mítico viaje de Marco Polo, sobre el que no es necesario extenderse. Por otro, el andar como *ascender*, ejemplarmente representado por Petrarca. Francesco Petrarca no fue, sin duda, el primero que subió a una montaña (mucho antes que él lo había hecho, por ejemplo, y con la gran repercusión que sabemos, Moisés en el Sinaí), pero sí fue el primer moderno que, de modo pionero, hizo de su ascensión al Mont Ventoux en 1336 un punto de no retorno en la consideración de la montaña desde nuevos parámetros estéticos, y en la idea del recorrido, a un tiempo físico y espiritual, como medio de acceso al conocimiento (vid. la edición trilingüe del relato de su ascensión, Francesco Petrarca, *“La ascensión al Mont Ventoux. 26 de abril de 1336”*, Vitoria, Artium, 2002). Tras la senda abierta por el gran vate italiano, la historia de estas ascensiones, que son a menudo al mismo tiempo proeza física e itinerario filosófico, artístico y científico, es amplísima, en una inabarcable lista en la que podríamos juntar a figuras tan diversas como Hegel (que, en un texto bastante desconocido, nos describió sus experiencias de un recorrido alpino), Horace-Benedict de Saussure, Alexander von Humboldt, John Ruskin, Bruno Taut o Charlotte Perriand. Me limitaré a recordar en especial la emoción con que Humboldt nos relató su subida al Chimborazo (por entonces considerado la montaña más alta del mundo), también porque este ejemplo me permite evocar el modo magistral en que la hazaña humboldtiana es comentada, junto con otras muchas cosas de interés para esta reseña, por Juan Pimentel en su apasionante *“Testigos del mundo. Ciencia, literatura y viajes en la Ilustración”* (Madrid, Marcial Pons, 2003).

El Renacimiento nos pone sobre el tapete otro tipo muy específico de itinerario urbano: el del artista a la búsqueda del origen. Es ahora cuando el *viaje* empieza a ser algo consustancial a la formación del artista. Y es un doble periplo: por una parte, el viaje físico de los no italianos para los que Italia es el único lugar posible donde se puede aprender la grandeza de los Antiguos. Por otro, el ‘viaje’ al mismo tiempo espacial y temporal que supone el estudio, excavación y análisis minucioso de esas ruinas titánicas del pasado clásico que siempre habían estado ahí pero que sólo ahora empiezan a ser ‘vistas’. Si Poggio Bracciolini narraba en 1416 los azares de su re-descubrimiento de Vitruvio en el

monasterio suizo de Saint-Gall, más de cien años después, Sebastiano Serlio colocará como frontispicio de su Tercer Libro de Arquitectura la divisa *Roma quanta fuit ipsa ruina docet*: una verdadera invitación a la deambulación espiritual entre esas ruinas en las que se esconde la verdad del pasado.

El hombre del Barroco también anda y, con su deambular, determina la configuración del espacio que atraviesa y es, a su vez, determinado y construido por éste. Pero, sobre todo, su andar no es libre, espontáneo e imprevisible, sino, al contrario, rígidamente determinado por los mismos conjuntos de normas que hacen de él un *súbdito*, tanto de la Iglesia como del Monarca, a la espera de que la Revolución Francesa haga de él un *ciudadano*. El célebre plan urbanístico de Sixto V y sus sucesores para la nueva Roma contrarreformista es inseparable del flujo incesante de peregrinos que invaden la ciudad santa y la recorren sin un momento de reposo, pastoreados mansamente de basilica en basilica, en masas enfervorizadas y ritualizadas en las que ya no cabe la discrepancia del pensamiento personal, ni tampoco del itinerario personal, en una visita cuyas etapas están férreamente dictaminadas, como nos han explicado, entre otros, Paolo Portoghesi (*Roma barocca*, Roma-Bari, Laterza, 1978), Marcello Fagiolo (*Sisto V. Architetture per la città*, Roma, Multigrafica editrice, 1992) o Gérard Labrot (*L'image de Rome. Une arme pour la Contre-Réforme*, Paris, Champ Vallon, 1987). La Roma barroca codificó un modo sacralizado de moverse por la ciudad que constituiría el modelo para otras muchas *christianopolis* marcadas por la distinción entre tiempo/movimiento profano y sagrado. Y en la Francia del Absolutismo fue el propio Rey Sol quien, consciente de la importancia política de regir el movimiento de sus súbditos, se tomó la molestia de redactar personalmente unas autoritarias instrucciones sobre el modo correcto de visitar los jardines de Versalles, trazando un itinerario encorsetado en el que toda idea de libre vagabundeo personal queda proscrita (Luis XIV, *Manera de mostrar los jardines de Versalles*, Madrid, Abada editores, 2003).

Medio siglo más tarde, el pensamiento de las Luces alumbró, entre otras muchas cosas, un nuevo modo de entender la deambulación no ya como acto de sumisión, sino como vía de conocimiento y raciocinio y, por ende, de libertad. En fecha tan temprana como 1716 publicaría John Gay su *Trivia, or the Art of Walking the Streets of London*. Y fue también en movimiento, andando, como Jean-Jacques Rousseau, al igual que San Pablo, recibió la súbita iluminación que pondría en marcha su torbellino de ideas y cambiaría su vida: mientras caminaba, en un día caluroso, a visitar a Denis Diderot, preso en el castillo de Vincennes, concibió, como una ráfaga de deslumbramiento, las bases de su pionero *Discours sur les Sciences et les Arts*. Y desde ese momento, Rousseau se convirtió en el pensador andarín por excelencia. En 1776, en *Les Rêveries du promeneur solitaire* (*Las ensoñaciones del paseante solitario*, Madrid, Alianza Editorial, 1998), nos invitará a seguir sus vagabundeos, llenos de dolor, peripecias y dificultades, desde el centro de París hasta el campo, a través de la periferia urbana, ese *no man's land* que él será uno de los primeros en teorizar. Y sus casas, Rousseau las concibió siempre abiertas, lejos de la idea de clausura del gabinete del intelectual. Su reflexión es una actividad dinámica que encuentra su expresión más cabal en el paseo, la *promenade*: *“Porque, como creo haber dicho, yo no puedo meditar sino andando; tan pronto como me detengo, dejo de pensar, y mi cabeza no*

marcha más que con mis pies". La movilidad del paseo será un aspecto inseparable de un pensamiento asistemático y que no se reconoce ya en las formas escritas tradicionales del discurso filosófico. Y no es casual que el busto de Rousseau sea con frecuencia paseado cuando los revolucionarios de 1789-1794 tomen las calles de París de otro modo: convirtiéndolas en el escenario de la fiesta política de la libertad (vid. el estudio ya clásico de Mona Ozouf, *"La fête révolutionnaire", 1789-1799*, París, Gallimard, 1976; y, sobre todo, el aún insustituible trabajo de Bronislaw Backo, *"Lumières de l'utopie"*, París, Payot, 1978), y abriendo así un largo filón de uso alternativo de la ciudad con capítulos que van desde la Comuna de París hasta la Agit-Prop soviética, Mayo del 68 o los más recientes movimientos político-sociales.

Por la grieta del sentimiento y de la emoción sublime abierta por Rousseau (y por otros) en el edificio de la Razón ilustrada penetrará enseguida la generación romántica, que eleva la *deambulación* a su más alto rasgo filosófico (como explicó Marcel Brion en el tomo titulado *"Le voyage initiatique"* de su gran obra *"L'Allemagne romantique"*, París, Albin Michel, 1978). Precedido por ese inagotable paseante que fue Goethe, representado por ilustres deambulantes reales como Wordsworth o Coleridge, se abre camino por entre las vanas apariencias de un mundo cuya esencia trata desesperadamente de descubrir el *caminante* romántico, ya se llame Wilhelm Meister, Anton Reiser, o alguno de los innumerables espíritus vagantes concebidos por Eichendorff, Tieck, Hoffmann, Kleist, von Arnim o Novalis. Este andarín, incansable porque está impulsado no por su fuerza física, sino por su energía espiritual interior, es el que en *"El mar de niebla"*, de Caspar David Friedrich, se ha tomado un momento de descanso sólo para comprobar que el verdadero conocimiento del mundo que tiene a sus pies le sigue insoportablemente velado, y es también el que encontrará brillante expresión musical en el *"Winterreise"* de Franz Schubert (sobre poemas de Wilhelm Müller) o, más tarde, en los *"Lieder eines Fahrenden Gesellen"* de Gustav Mahler (sobre poemas de Clemens Brentano y Achim von Arnim).

Sólo un poco más tarde, entre 1830 y 1850 Honoré de Balzac emprendió, con su *"Comédie Humaine"*, la construcción de ese titánico fresco que, según sus propias palabras, aspiraba a hacer la competencia al propio Registro civil. Sus miles de personajes no cesan de deambular por un espacio urbano parisino en plena transformación (no todo empezó con Haussmann y Napoleón III) y que ofrece insospechadas posibilidades de uso de la ciudad. Baste por ahora con citar *"Ferragus"* (edición castellana disponible en Barcelona, Minúscula, 2009), una de las más logradas novelas del ciclo, en la que el verdadero protagonista no son los actores humanos del drama, sino el propio París por el que éstos se mueven sin cesar y de maneras muy diferentes. Y que este andar urbano estaba por entonces dando lugar a inéditas formas de *arpenter* (ese verbo francés cuya rica significación reúne las acciones de 'recorrer' y de 'medir') la ciudad es algo que reconoce el propio Balzac cuando redacta su *"Théorie de la Démarche"*, en la que se asombra de que los científicos hayan desentrañado las leyes del movimiento de los astros y, sin embargo, sigamos siendo ignorantes sobre las leyes que rigen el modo de moverse del hombre en la urbe moderna. Unas cinco décadas más tarde, Émile Zola recogería el guante lanzado por Balzac al desplegar en su gran ciclo de veinte novelas sobre la historia de los Rougon-Macquart todo un catálogo de las nuevas formas de recorrer la Metrópolis por excelencia, el París

moderno: véase, en especial, *“La Curée”*, la segunda entrega de la serie (ed. española, *“La Jauría”*, Madrid, Alianza Editorial, 2007).

Pero entre Balzac y Zola se ubica Charles Baudelaire, el poeta por antonomasia del París de la Modernidad y el verdadero configurador del tipo del paseante moderno: el *flâneur*. Tanto en los poemas de *“Les Fleurs du Mal”* (edición bilingüe *“Las Flores del Mal”*, Madrid, Abada, 2013) como en sus *“Petits poèmes en prose”* o en el resto de su revolucionaria obra, Baudelaire hizo de la gran ciudad y sus nuevas dinámicas el eje de su poética y dictaminó para el artista moderno el doloroso deber de sumergirse en el interior de la urbe. El *flâneur*, el personaje ocioso que recorre la ciudad de un modo aparentemente azaroso, pero que sabe hallar el interés oculto de lo que a otros pasa desapercibido, se convierte en el trasunto de ese artista moderno que, como dice en *Le Cygne*, convierte el lodo de la ciudad en el oro del arte moderno. Las formas de la circulación del poeta por la ciudad son siempre atípicas: Baudelaire practica por París su ‘fantástica esgrima’, olfatea por los rincones, es sacudido o zarandeado, se arrastra o atraviesa torpemente el bulevar lleno de lodo: son los modos físicos en que el deambular del poeta, su inmersión en la ‘vida moderna’, se ve afectado por el ritmo frenético de la gran ciudad. El poema en prosa *“La pérdida de la aureola”* expresará quizás mejor que ningún otro hasta qué punto las vicisitudes del artista moderno están ligadas a esos nuevos modos de deambular, que fueron captados visualmente también por el agudo ojo de Daumier o de Gustave Caillebotte, cuyos cuadros *París en tiempo de lluvia* o *Pont de l'Europe* podrían considerarse verdaderas ilustraciones pictóricas de la *flânerie*. Pero, volviendo a *“La perte de l'auréole”*, no en vano este poema es uno de los que centran el lúcido análisis de Marshall Berman (*“Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad”*, Madrid, Siglo XXI, 2013; ed. original 1982). La bibliografía sobre el *flâneur* baudelairiano ha crecido enormemente en los últimos años, gracias en parte al eco suscitado por el libro de Berman: citemos aquí tan sólo las obras de Richard D. E. Burton (*“The Flâneur and his city. Patterns of daily life in Paris 1815-1851”*, University of Durham, 1994), Michel Covin (*“L'Homme de la rue. Essai sur la poétique baudelairienne”*, París, L'Harmattan, 2000) o la más reciente de Roberto Calasso (*“La Folie Baudelaire”*, Barcelona, Anagrama, 2011; ed. original 2008), así como el número monográfico *“Baudelaire de la revista Sileno. Variaciones de arte y pensamiento”* (1, 1996).

El *flâneur* baudelairiano, el andarín moderno, quedará ya desde entonces definido como uno de los personajes arquetípicos de la Metrópolis capitalista, y tendrá una ilustre y numerosa progenie en la que, sólo en París, se escalonan personajes reales como el ya citado Émile Zola, Guillaume Apollinaire (*“Le flâneur des deux rives”*, 1918) o León-Paul Fargue (*“Le piéton de Paris”*, 1932), además de un Marcel Proust que ‘flanea’ más con la memoria que con los pies, y además de los dadaístas y surrealistas de los que enseguida hablaremos, y también personajes ficticios, como Fantomas o como el comisario Maigret, la criatura de Georges Simenon, que penetra a pie en los lugares más recónditos de París en innumerables ocasiones, pero quizás ninguna tan próxima al *flâneur* como la narrada en ese extraordinario relato breve titulado *“L'homme dans la rue”* (1940; ed. española *“El hombre en la calle”*, Barcelona, El Acantilado, 2013), que Gabriel García Márquez consideraba el mejor cuento que había leído nunca.

Pero, fuera de París, el *flâneur* también arraigará, transformándose, en otro territorio moderno especialmente favorable: el Berlín del primer tercio del siglo XX, y especialmente de los escasos quince años de la República de Weimar, época en la que se convertirá en la quintaesencia misma de la modernidad urbana. No es extraño que en esta urbe frenética, cuya belleza contemporánea argumentan, frente a los nostálgicos de la pequeña ciudad, personajes clave como Georg Simmel, August Endell, Sigfried Kracauer o Karl Scheffler (véanse los imprescindibles estudios de David Frisby "*Fragmentos de la modernidad. Teorías de la modernidad en la obra de Simmel, Kracauer y Benjamin*", Madrid, Visor, 1992, ed. original 1985, y "*Paisajes urbanos de la modernidad. Exploraciones críticas*", Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 2007, ed. original 2001), el *flâneur* resurja con renovado vigor (como ha estudiado Anke Gleber en "*The Art of Taking a Walk. Flânerie, literature, and film in Weimar culture*", New Jersey, Princeton University Press, 1999). Su personificación berlinesa por excelencia es Franz Hessel, cuyo "*Spazieren in Berlin*" (1929; ed. española "*Paseos por Berlín*", Madrid, Tecnos, 1997) se convierte en el manual de ese moderno andarín de los años veinte que adquiere a veces la apariencia del espía o del detective y que resulta siempre sospechoso al orden establecido por su actitud de desvelamiento, de búsqueda de la verdad oculta. Los paseos de Hessel por Berlín toman la forma del relato corto, del fragmento, del texto periodístico, como no podía ser de otra forma, ya que el moderno deambular urbano ha tenido que tomar conciencia de la inabarcabilidad de la Metrópolis. Quizás no esté de más recordar que este molesto personaje acabaría sus días en 1941, en la Francia ocupada por Alemania, pero no sin antes haber sido padre de Stéphane Hessel, el teórico anticapitalista y padre espiritual del movimiento de los *indignados*, quizás los más recientes usuarios alternativos de la ciudad en el marco de una crisis sistémica que no puede dejar de afectar a nuestra relación con el espacio urbano.

Uno de los intelectuales weimarianos que se sintieron fascinados por Franz Hessel fue Walter Benjamin, que se refirió a él como "*el retorno del flâneur*". Y es Benjamin precisamente quien establece el vínculo entre el París de Baudelaire y el Berlín de Weimar. Benjamin reconoció en Baudelaire el estímulo para pensar la ciudad contemporánea a partir de lo oculto, lo fugaz, lo transitorio, lo residual, la andadura del *flâneur*, y al poeta francés dedicó algunos de sus mejores análisis críticos (Walter Benjamin, "*Baudelaire*", Madrid, Abada, 2014). Pero el propio Benjamin fue también, a su modo, un *flâneur*. Es un tipo particular de *flânerie* su "*Berliner Kindheit*" (ed. española "*Infancia en Berlín hacia el mil novecientos*", Madrid, Abada, 2011), donde llamaba a recorrer la ciudad con esa mente ingenua del niño que, precisamente por no haber sido aún sometido al proceso educativo, puede desvelar las conexiones más ocultas de las cosas. Errante por toda Europa (incluyendo el Moscú bolchevique –por el que deambuló asombrado al ver cómo coexistían el tiempo revolucionario y el tiempo tradicional–, Marsella o Nápoles, a la que definió como "*ciudad porosa*"), estuvo sin embargo especialmente ligado a París, donde tras la llegada del nazismo al poder en Alemania en enero de 1933 se vio obligado a trocar su vagabundeo voluntario en exilio forzoso (y, a la larga, mortal: en una muerte, en 1940, irónicamente motivada por su imposibilidad de llevar a término la última errancia que le hubiese sido completamente necesaria, la que le hubiera hecho cruzar los Pirineos y escapar a USA vía

Lisboa, como tantos otros exiliados alemanes). En París, Benjamin vio en los pasajes cubiertos del siglo XIX (que hacían posible ‘flanear’ a cubierto) el símbolo más representativo de cómo la Metrópolis de la mercancía escondía sus orígenes y de cómo era tarea del historiador excavar, como nuevo arqueólogo, las distintas capas superpuestas de esa ocultación hasta desvelar el ‘contenido de verdad’ de la historia de la ciudad. Es bien conocido, gracias al boom benjaminiano de los últimos tiempos (que ha sucedido de repente a un largo periodo de casi absoluto desconocimiento de su figura), que todo ello habría de cristalizar en un libro nunca terminado pero cuyos fragmentos se conservaron milagrosamente (gracias a Georges Bataille) y permiten hoy intuir lo que hubiese podido ser la “*Passagenwerk*” (ed. española “*Obra de los pasajes*”, Madrid, Abada, 2013, libro V, vol. 1, de las “*Obras*” completas de Benjamin, de las que se han publicado hasta el momento siete volúmenes de los nueve previstos). De entre la inmensa y creciente bibliografía benjaminiana, me limitaré ahora a mencionar como referencias que me parecen esenciales los libros de Susan Buck-Morss (“*Dialéctica de la mirada. Walter Benjamin y el proyecto de los Pasajes*”, Madrid, Visor, 1995, ed. original 1989) y Graeme Gilloch (“*Myth & Metropolis. Walter Benjamin and the City*”, Cambridge, Polity Press, 1996), el número monográfico de “*Iluminaciones. Revista de arquitectura y pensamiento*” (4, segundo cuatrimestre 2011), así como el “*Atlas Walter Benjamin. Constelaciones*” (Madrid, Círculo de Bellas Artes, 2010, que incluye una herramienta informática que permite búsquedas de referencias cruzadas por toda la obra de Benjamin, y una película documental que trata de resumir en imágenes los conceptos básicos de su pensamiento) y el volumen de actas del congreso “*Mundo escrito. 13 derivas desde Walter Benjamin*” (Madrid, Círculo de Bellas Artes, 2013), estos dos últimos coordinados ambos por Juan Barja y César Rendueles.

Fue también Benjamin quien, contemplando el imparable ascenso de los totalitarismos, analizó como una de las claves de la atracción que suscitaban en las masas lo que denominó “*estetización de la política*”. Los desfiles y concentraciones en los que cientos de cuerpos vibran al unísono haciendo visible la anulación del individuo en el seno de la colectividad codifican otro modo moderno de deambular: el que podríamos llamar ‘robótico’, en el que las características de la bipedestación animal humana intentan borrarse para ser sustituidas por el modo de funcionamiento de un engranaje mecánico. Desde que Karel Čapek codificará el término ‘robot’ en su novela “*R.U.R.*”, de 1920 (ed. española Madrid, Alianza Editorial, 1966), humanos de andar mecánico han poblado todas las pesadillas suscitadas por la civilización de la máquina, desde las míticas escenas de “*Metrópolis*”, “*Tiempos Modernos*” o “*À nous la liberté*” hasta la exaltación del cuerpo-máquina en los documentales nazis de Leni Riefensthal o la cosificación extrema del cuerpo de los presos en los *Läger*. Citaré sólo tres referencias que me parecen insoslayables para esta cuestión: los libros de Wolfgang Sofsky (“*Die Ordnung des Terrors*”, Frankfurt, 1993, increíblemente aún no traducido al castellano), Frederic Spotts (“*Hitler y el poder de la estética*”, Madrid, Antonio Machado Libros, 2011, ed. original 2002) y Johann Chapoutot (“*El Nacionalsocialismo y la Antigüedad*”, Madrid, Abada, 2013, ed. original 2008). Sin olvidar, por supuesto, la obra siempre imprescindible para todo lo que tenga que ver con la relación

cuerpo-ciudad: la de Richard Sennett, *“Carne y piedra. El cuerpo y la ciudad en la civilización occidental”* (Madrid, Alianza Editorial, 2002, ed. original 1994).

Conviene recordar también que por esos mismos años Le Corbusier ligaba el surgimiento de una arquitectura verdaderamente moderna a la aparición de otro tipo de ‘paseante’: el usuario de esos edificios que, según él, habían de ser concebidos como *une promenade architecturale*, un paseo arquitectónico. La villa Savoye, con su combinación de rampas y escaleras (*“Las escaleras separan, las rampas unen”*), condensa distintos modos de movimiento en el seno de la propia arquitectura y desliga a ésta para siempre de la servidumbre exclusiva del ojo, haciendo del edificio un lugar que no se contempla sino que se pasea. Es evidente que aquí se abre otra línea de reflexión de la que en esta breve reseña no puedo ocuparme: la de la historia de la arquitectura contemporánea entendida a través de sus recorridos.

Procede ya, para cerrar este recorrido, volver al inicio, al libro de Francesco Careri, que dedica sus dos terceras partes finales al análisis de la secuencia Dadaísmo-Surrealismo-Letristismo-Situacionismo, a la creación de la *deriva* como modo específico de recorrer/comprender la ciudad, a las manifestaciones del Land Walk y la más reciente teorización sobre la transurbancia. El despliegue de textos y de referencias bibliográficas con las que acompaña su análisis es verdaderamente destacable, no tanto por su profusión cuanto por el modo en que la estructura del libro permite ligar el texto discursivo y los comentarios al margen o las citas. Permítaseme tan sólo mencionar alguna referencia complementaria y muy personal, como el libro de Kiyoko Ishikawa *“Paris dans quatre textes narratifs du surréalisme. Aragon, Breton, Desnos, Soupault”* (París, L'Harmattan, 1998), el volumen colectivo coordinado por Javier Maderuelo *“Paisaje y Arte”* (Madrid, Abada, 2007, que incluye el texto de Alberto Ruiz Samaniego *“Revelación del lugar. Apuntes sobre el caminar”*), los catálogos de la exposiciones *París: “Capital de las Artes, 1900-1968”* (Bilbao, Museo, Guggenheim, 2002) y *“Dada”*, París, Centre Pompidou, 2005, o el número monográfico dedicado a los situacionistas por la revista *Anthropos* (*“La Internacional Situacionista. Un proyecto de autonomía y transmutación social”*, *Anthropos*, 229, 2010).

La apertura del panorama historiográfico, con un creciente interés por temas transversales y transdisciplinares, ha hecho que la bibliografía sobre el deambular y la ciudad haya aumentado de manera importante en los últimos años, sobre todo por la vía de artículos monográficos en revistas de investigación. Citaré aquí tan sólo dos obras que personalmente me parecen de gran interés. Por una parte, el libro de Rebecca Solnit *“Wanderlust: A History of Walking”* (New York, Viking Penguin, 2000), brillante tentativa de síntesis y apasionante recorrido por la historia del andar humano, que incluye desde un verdadero rastreo antropológico sobre los orígenes de la bipedestación hasta el análisis de figuras especialmente ligadas a la deambulación que se van sucediendo en sus páginas desde los peregrinos medievales a Rousseau, Thomas Hardy, Robert Louis Stevenson, Jane Austen, Kierkegaard, Baudelaire, Alexandre Dumas, Virginia Woolf, André Breton, Guy Debord y los situacionistas o Richard Long. Y en segundo lugar, el *“Paysages en mouvement”*, de Marc Desportes (París, Gallimard, 2005), un logrado estudio histórico de la

movilidad moderna que, aunque volcado sobre todo en el problema del transporte rodado, no deja de incluir interesantes anotaciones sobre lo que aquí nos ocupa.

Es obvio que en este rápido recorrido faltan muchos andarines, deambulantes, paseantes, *flâneurs* o peregrinos. Faltan también muchas historias: por ejemplo, la situación real que ocurre actualmente en muchas ciudades norteamericanas en las que ‘ir andando’ te convierte automáticamente en sospechoso ante unas autoridades de alto grado de arbitrariedad (recuérdese el profético análisis de Samir Amin sobre Los Ángeles en la década de los setenta: “*Los Angeles, United States of Plastica*”, Barcelona, Anagrama, 1975, o, recientemente, el libro de Carlos García Vázquez “*Antípolis. El desvanecimiento de lo urbano en el Cinturón del Sol*”, Barcelona, Gustavo Gili, 2011). O muchas variantes actuales del deambular: por ejemplo, la que reúne cotidianamente a miles de personas en la cinta del gimnasio en un paseo virtual contenido dentro de cuatro paredes, como si se tratase de una caricatura patética del extraordinario “*Voyage autour de ma chambre*” de Xavier de Maistre (1794). En cualquier caso, es mucho lo que queda por andar.

Formato de citación

Calatrava, Juan (2014). Homo viator: acerca de Walkscapes de Francesco Careri y otros libros. *URBS. Revista de Estudios Urbanos y Ciencias Sociales*, 4(1), 325-334. <http://www2.ual.es/urbs/index.php/urbs/article/view/calatrava>



Los textos publicados en esta revista están sujetos –si no se indica lo contrario– a una licencia de [Atribución CC 4.0 Internacional](#). Usted debe reconocer el crédito de la obra de manera adecuada, proporcionar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede compartir y adaptar la obra para cualquier propósito, incluso comercialmente. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que tiene el apoyo del licenciante o lo recibe por el uso que hace. No hay restricciones adicionales. Usted no puede aplicar términos legales ni medidas tecnológicas que restrinjan legalmente a otros hacer cualquier uso permitido por la licencia.